

GALAXIA
Ciencia Ficción

ALGIS BUDRYS

**dimensión
inesperada**

SIETE NUEVOS ESCALONES
EN LA CIENCIA Y FANTASIA

Colección de relatos de este autor.

EL FINAL DEL VERANO

I

El aeropuerto de América no había variado desde la última vez que lo había visto. Estaba situado tan lejos de toda otra área civilizada como era posible, para que ningún avión, por muy descarriado que anduviera, pudiese equivocarse el campo de aterrizaje y estrellarse contra una vivienda. Excepto por la ringlera de rectos bordes de la carretera que conducía al sur, estaba completamente aislado si uno olvidaba la casi desierta estación del metro. Su extremidad estaba punteada de hangares y algunas oficinas, pero el edificio terminal era pequeño, y estrictamente funcional. Macizo con raso de hormigón, aséptico con acero y aluminio en un lugar gris y desabrigado en el yermo.

Kester Fay se alegraba tanto de verlo que brincó impaciente desde el ascensor para pasajeros del gran avión a reacción. Sabía que era objeto de miradas curiosas por parte de la dotación del campo, agrupada alrededor de la nave de inmaculado acero, pero Fay apenas le dio importancia, pues había visto el coche aparcado que le esperaba junto al edificio de la administración. Atravesó rápidamente el campo a un paso que todavía atrajo más la atención del personal, pues estaba impaciente para ser despachado en el puesto de aduana y largarse.

Hizo girar inquieto la cúpula de «recuerdo» de la cadena en su manguito elástico, mientras el oficial de despacho de desembarcos revisaba y marcaba su pasaporte. Pero se veía que el hombre se alegraba demasiado de ver a alguien que

no fuese del pequeño círculo del personal de la línea aérea. Se demoraba sin fin, y aun cuando Fay tenía por cierto que su vida, fuera de allí, sería muy aburrida, se le hacía más y más difícil resignarse y tener paciencia, a medida que pasaba el tiempo.

—Christopher Jordán Fay —leyó el hombre en voz alta, buscando una nueva oportunidad para entablar conversación—. Bien, señor Fay, no lo habíamos visto aquí desde 1753 ¿Disfrutó de su estancia?

—Sí —respondió Fay, tan brevemente como le fue posible.

¿Había disfrutado de ella? Bien, si, suponía que sí, pero era difícil sentirlo de ese modo, pues había manipulado sus viejos recuerdos americanos en volumen aumentado durante todo el vuelo a través del Atlántico. Dios Santo, pero estaba cansado de Europa en este momento; hastiado de serpentinadas y herbosas sendas que serpenteaban con clásica regularidad entre arroyos y a lo largo de riachuelos, bajo añosos e imponentes árboles. Era bueno estar de vuelta a un lugar donde un hombre podía estirar las piernas; pese a todo.

—Apuesto a que es así. ¿Piensa quedarse mucho? —dijo el oficial riendo entre dientes cortésmente, mientras ponía los sellos.

Para siempre, si puedo, pensó Fay, primero. Pero luego sonrió tristemente. Su vida había demostrado con creces que para siempre era mucho tiempo.

—Por algún tiempo, de cualquier modo —respondió con creciente impaciencia, mientras pensaba en el coche, de nuevo. Arrastró los pies por la endurecida superficie del suelo.

—¿Hago preparativos para su transporte a Nueva York?

—No para mí —dijo Fay, moviendo la cabeza—. Pero el hombre que condujo mi coche es posible que sea cliente.

El oficial arqueó las cejas y Fay de repente recordó que América, con sus actitudes sociales más liberales, podía to-

lerarle más de lo que había hecho Europa, pero aún así había muchos conservadores acogidos bajo la misma bandera.

En realidad, debiera haberse dado cuenta de que el oficial era, ante todo, un miembro del cuerpo nacional; un hombre del servicio público.

Hasta con una docena de lugares seguros con que contar, de fácil alcance, parecía, sin embargo, no fiarse mucho. Las propias cejas de Fay se elevaron y una expresión de gozo brilló en sus ojos.

—¿Va a seguir adelante en su coche? —preguntó el oficial, mirando a Fay con una mezcla de respeto, envidia y desaprobación.

—Está sólo a mil quinientas millas —dijo Fay con cuidadosa indiferencia.

De hecho, estaba muy seguro de que iba a estrangular al hombre si no lo dejaba salir de aquí pronto para situarse detrás del volante. Pero no serviría mostrarse más que molesto en frente de un miembro del cuerpo nacional.

—Espero recorrer esa distancia en unos tres días —añadió, casi bostezando.

—Sí, señor —dijo el hombre, envolviéndose instantáneamente en un manto de fría cortesía, pero musitando «¡Haragán!», casi de un modo perceptible.

Fay le hería en lo vivo con esa determinación. Probablemente, el hombre nunca había puesto los pies en un automóvil. Seguro que consideraba una mentira desvergonzada que nadie intentara alcanzar un promedio de cincuenta millas por hora en un día de marcha. Cómodos coches con buenos neumáticos y provistos de cojines eran su diligencia, ¡y él, un empleado de una línea aérea!

Fay se apresuró a contenerse. Todo el mundo tenía derecho a vivir como quisiera, se recordó a sí mismo.

Pero no pudo reprimir una efervescente mueca ante la repentina desviación del hombre hacia una actitud de alejamiento y de agraviado.

—Está bien, señor —dijo secamente el oficial, devolviendo el pasaporte a Fay—. Aquí lo tiene. Ningún equipaje, por supuesto.

—Por supuesto —dijo conformado Fay, y si esa observación había sido hecha como un reparo hacia la gente que viajaba ligera y de prisa, había resultado floja. Agitó alegremente la mano mientras se desviaba, al tiempo que el oficial lo miraba ásperamente.

—Lo volveré a ver, imagino —le dijo.

—Temo que no, señor —respondió el hombre con una pizca de malevolencia—. La United States Lines suprime el servicio de viajeros el primero del decaño que viene.

—Oh. Es una pena —dijo Fay vacilando, momentáneamente confundido—. No tiene ningún objeto continuar ya este servicio, ¿verdad?

—No, señor. Creo que usted fue nuestro primer viajero en un hectoño y medio —observó el oficial. Muy obviamente consideraba eso como una marca de Caín, tanto cuanto era necesario.

—Bien... debe ser aburrido aquí fuera, ¿eh?

Fay agitó una satírica mirada al hombre y se fue, riendo entre dientes por ese notable golpe, mientras la maciza puerta de salida giraba pesadamente y se cerraba detrás de él.

El conductor del coche era, por lo visto, un operario que había aceptado la tarea porque necesitaba dinero para algún desconocido proyecto de trabajo.

Fay arregló el asunto en el tiempo más breve posible, contando billetes de cien dólares con un rápido movimiento de los dedos. Añadió otro billete como medida conveniente, y alejó al hombre con un gesto, apretando la palanca de marcha de manera vibrante. ¡Estaba de regreso, estaba en su país! Inspiró profundamente, respirando el aire libre.

Encarrujado alrededor de montes y arrastrado suavemente a través de valles, el camino hacia el estado de Nue-

va York era un gozo. Fay lo recorría con una ligera y apreciativa sonrisa, guiando el coche briosamente, sus músculos en estrecha comunión con la donosura y energía del automóvil, mientras su cuerpo respondía a cada represada vuelta, a cada impulso de aceleración después de la inclinada cima de una colina. No había nada parecido a esto en Europa, nada. Allá, no dejaban espacio para los de su clase, entre su soberbia gente.

Había casi olvidado lo agradable que era sentarse bajo, detrás del parabrisas de un coche de dos asientos, y escuchar las danzantes detonaciones del motor libre. Era excelente estar de regreso, aquí en este camino abierto y magnífico sin nada delante o detrás, excepto hormigón suave como el raso, y montes verdes apilados a ambos lados.

Estaba solo en el camino, pero eso le tenía sin cuidado. Había muy pocos que llevaban su clase de vida. Ahora que su primera impaciencia había pasado, sentía no haber podido hablar con el piloto del avión de reacción. Mas eso, por supuesto, había sido algo en lo cual no se debía pensar. Aun con todos los mecanismos de seguridad, había el peligro de que en un momento de distracción pudiera ocurrir un accidente.

Por tanto, Fay había pasado el viaje entretenido en considerar el excelente equipo del avión, solo en el cómodo pero pequeño compartimiento de más allá de la gran cámara de carga de la nave.

Se encogió de hombros mientras empujaba el coche en derredor de una curva del valle. No podía remediarse. Era una vida solitaria, y eso era todo lo que había en ello. Deseaba que hubiera más gente que comprendiera que esa era la única vida, la única solución al problema que los había fragmentado en tantos tipos sociales. Pero no la había. Y, suponía, todos ellos eran igualmente solitarios. Los miembros de los cuerpos nacionales, los operarios, los estudiantes y los instructores. Hasta, concedía, los saltamontes. Él mismo se había dedicado a estos quehaceres en

otro tiempo, como un experimento. Había sido una vacía e histérica experiencia.

El camino se desencorvaba y, a alguna distancia al frente, vio transformarse la blanca superficie en el oscuro macadam de un distrito urbano. Fue más despacio, por réplica, considerando la conveniencia de manipular los mecanismos de seguridad, y juzgó que era innecesario hasta ahora. No le gustaba no ser más que un guisante dentro del cesto de un resguardado coche, impotente para hacer nada excepto estar sentado con las manos y los pies frente a los frenos. No; por otro momento, quiso estar libre para acercarse más al coche a la parte saliente del monte y conducir a través de la sombra del denso matorral y los colgantes árboles. Respiró hondamente la tenue fragancia del aire y otra vez se dijo a sí mismo que ésta era la única manera de vivir, la única manera de hallar alguna proporción de vitalidad. ¿Un haragán? Sólo en los celosos vocabularios de los miembros de los cuerpos nacionales, por tanto tiempo atados a sus conejeras y a sus costumbres, el alcance del pensamiento y la sensibilidad se había reducido para acomodarse a su microcosmos.

Luego, sin aviso, todavía en la blanca superficie de camino abierto una oscura sombra salió velozmente de los arbustos y se lanzó a las ruedas del coche, ladrando chillonamente.

Fay trató de apartar de golpe el coche del camino, de repente turbado y con el rostro pálido, pero el perro se movía de un modo incierto, con un bronco aullido de dolor, más fuerte que el chillido de los frenos del coche. Fay sintió el ligero topetazo, y en seguida su pie se apartó de un brinco del embrague y el coche se movió convulsivamente. Ni siquiera con el motor inactivo y el coche inmóvil, oyó ningún nuevo sonido del perro.

Luego vio al muchacho del cuerpo nacional que corría hacia él camino arriba, y la expresión de su rostro se transformó de horrorizado disgusto en compungido sentimien-

to. Suspiró y salió del coche zafiamente, procurando pensar en algo que decir.

El muchacho subió corriendo y se paró junto al coche, mirando camino arriba con el rostro lleno de llorosa ira.

—¡Usted ha atropellado a Brownie!

Fay miró al muchacho con aire apenado, con gesto indicador de lo irremediable de la situación.

—Lo siento, hijo —dijo tan suavemente como pudo. No podía pensar en nada realmente significativo para decirle. Era una difícil situación—. No, no debiera haber estado conduciendo tan aprisa.

El muchacho corrió hacia el arrebujaado bulto junto al margen del camino y lo cogió en sus brazos, sollozando. Fay lo siguió, pensando que diez mil años de experiencia no bastaban, que un centenar de siglos de saber y de adquisición de superficial madurez eran todavía insuficientes para proteger las emociones encerradas en el cuerpo de un muchachito, totalmente en poder de su sistema glandular, bajo una desazón como ésta.

—¿No podía usted verlo? —suplicó el muchacho.

—Salió de los arbustos... —dijo Fay, moviendo rígidamente la cabeza.

—Usted no debiera haber estado conduciendo tan aprisa. Debiera haber...

—Lo sé —dijo Fay.

Y miró inútilmente atrás camino arriba; los árboles eran de un verde brillante al sol, y el cielo azul.

—Lo siento —volvió a decir al muchacho. Buscaba desesperadamente algo, algún modo de compensación—. Desearía que no hubiese ocurrido —pensó en algo, finalmente—. Sé... sé que no sería lo mismo, pero tengo un perro mío propio, un sabueso de buena casta. Está viniendo de Europa en un buque de carga. Cuando llegue aquí, ¿te gustaría tenerlo?

—¿Su propio perro? —Por un momento, los ojos del muchacho se serenaron, pero luego movió la cabeza sin es-

peranza—. No daría resultado —dijo simplemente, y en seguida, como si fuera consciente de culpa por siquiera considerar que cualquier otro perro pudiese sustituir al suyo, estrechó al animal en sus brazos.

No, no había sido una idea tan buena, Fay se daba cuenta. Si no hubiese estado tan lleno de remordimiento y confusión, habría percibido eso. Ugly era su perro y no podía separarse de él, o él de Ugly. Se daba cuenta aún con mayor intensidad de lo que justamente había hecho el muchacho.

—¿Ocurre algo? Oh... —El hombre del cuerpo nacional que había subido camino arriba se paró junto a ellos, con el rostro serio. Fay lo miró con alivio.

—Tenía los automáticos fuera —explicó al hombre—. No lo habría hecho si hubiera sabido que había una casa alrededor de ahí, pero no vi nada. Lo siento terriblemente por el... por Brownie.

El hombre volvió a mirar al perro, examinó en los brazos del muchacho y retrocedió. Luego suspiró y se encogió de hombros con impotencia.

—Supongo que forzosamente tenía que ocurrir alguna vez. El perro debiera haber estado atado con una correa. Hay todavía una ley de promedios.

El puño de Fay se cerró a su espalda, fuera del alcance de la vista. Las gastadas palabras hicieron honda mella en la misma base de su vitalidad, y su ánimo se encabritó, pero en otro momento el espasmo del reflexivo temor había pasado, y se alegraba de que hubiese tenido este inocuo desagüe para sus emociones. Además, el hombre tenía razón, y en este momento Fay estaba obligado a ser suficientemente sincero para consigo mismo para reconocerlo. Había todavía una ley de promedios, le gustase o no a Fay y a los de su clase.

—Retírate a casa, hijo —dijo el hombre con otro suspiro—. No hay nada que podamos hacer por Brownie. Lo ente-

rraremos luego. Ahora mismo debieras lavarte bien. Vendré en seguida.

Era del modo que lo dijo —la fatalista aceptación de que sea lo que fuere lo que la gente honrada hiciese, algún desatinado y atolondrado aficionado iba a frustrarlos— que azotó las emociones de Fay.

El muchacho asintió mudamente, todavía gimoteando, y empezó a marcharse sin mirar a Fay de nuevo.

Pero Fay no podía dejar que se fuera. Como un hombre que se arranca una brizna, no podía dejar pasar esto tan sencillamente.

—¡Aguarda! —dijo urgentemente.

El muchacho se detuvo y lo miró estúpidamente.

Entonces se expresó Fay:

—Sé... sé que no hay nada; quiero decir —tropezó Fay —, que Brownie era tu perro y no puede haber otro como él. Pero viajo mucho —se detuvo otra vez, sonrojándose ante la inteligente mirada del hombre del cuerpo nacional, luego prosiguió descuidadamente—. Veo a mucha gente —dijo—. Procuraré encontrarte un perro que no haya pertenecido a nadie. Cuando lo consiga, te lo traeré. Le prometo.

El labio del muchacho se crispó, revelando de repente lo que diez mil años le habían enseñado.

—Gracias, señor —dijo medio desdeñosamente, y se fue, cuneando el perro.

No lo había creído, por supuesto. Fay, de repente, se dio cuenta de que nadie creería jamás a un haragán, estuviese diciendo la verdad o no. Se dio cuenta, también, de que había hecho todo lo que podía, y aún así fallado. Miró sentidamente al muchacho que se alejaba.

—Usted no tenía que hacer eso —dijo blandamente el hombre, y Fay notó que parte de su reticencia y su medio desdeñosa cortesía, habían desaparecido—. No sé si creerle o no, pero tenía que hacer eso. De cualquier modo, borraré el perro de los recuerdos del muchacho esta noche.

Mi esposa y yo limpiaremos bien la mansión y el pequeño no advertirá nada —se detuvo, reflexionando con los ojos ensombrecidos—. Supongo que Madge y yo lo arrancaremos de nuestros propios recuerdos, también.

Fay cerró los dientes con repentino disgusto. Nadie creía jamás a un haragán.

—No —dijo—. Desearía que usted no hiciese eso. Pretendía lo que dije —movió la cabeza otra vez—. No me gustan las borraduras. Siempre hay un lapso en alguna parte, y entonces uno conoce que tiene un hueco en la memoria, pero no se puede recordar qué era.

—Es extraño que lo diga uno de su clase —observó el hombre, mirándolo curiosamente—. Siempre oí decir que ustedes favorecían las borraduras en gran manera.

Fay impidió que su rostro mostrara sus pensamientos. Ahí estaba otra vez esa básica falta de comprensión y una completa repugnancia a revisar los relatos de segunda mano. La misma esencia de su clase de vida era que ningún recuerdo, ningún incidente, fueran vividos y guardados. Además, siempre había oído decir que eran los miembros de los cuerpos nacionales que tenían que borrar hectoafios enteros para impedir enloquecerse de fastidio.

—No —se contentó con decir—. Usted nos está confundiendo con los sementeros. Ellos son los que intentarán algo.

El hombre frunció el labio a esa alusión, y Fay consideró que la presentación de un común extraño parecía ser útil en circunstancias como ésta.

—Bien... quizás tenga usted razón —dijo el hombre, aún no completamente confiado, pero dispuesto a correr el albur.

Dio a Fay su nombre, Arnold Riker, y su dirección. Fay metió cuidadosamente la tira de papel en su pequeño estuche.

—Cuando pierda eso, habré perdido mi recuerdo también —comentó.

—Más probablemente se acordará de olvidarlo esta noche —dijo el hombre, haciendo una torcida mueca; parte de su recelo retornaba ahora, a la vista de las ovilladas tintillas.

Fay aceptó eso sin protesta. Suponía que Riker tenía derecho a tener esa vaga convicción,

—¿Puedo llevarlo hasta su casa?

El hombre lanzó una expresiva mirada a lo largo de la extensión del coche y movió la cabeza.

—Gracias. Iré a pie. Hay todavía una ley de partes proporcionales.

Y uno puede coger esa frase y grabarla en la lápida mortuoria de la humanidad, pensó amargamente Fay, pero no replicó.

Se metió en el coche, dio ligeramente a los automáticos y quedó quieto, completamente inmóvil, por arraigado hábito que era el único modo de evitar el descuidado movimiento que pudiera abrir el conmutador de seguridad. Ni siquiera volvió la cabeza para mirar al hombre que dejaba atrás, mientras el coche se ponía en marcha lentamente, ni captó más de un momentáneo vislumbre de la casa donde el muchacho y su perro habían vivido juntos durante diez kilo años.

Preservamos nuestra inmortalidad tan cuidadosamente, pensó. Sí, muy cuidadosamente. Pero hay todavía una ley de partes proporcionales.

II

Perversamente, condujo más de prisa que lo normal durante el resto del viaje. Acaso estaba procurando restaurar su vitalidad. Acaso estaba huyendo. Tal vez estaba intentando reducir el tiempo transcurrido entre las poblaciones, donde los automáticos lo enhebraban a través del ligero tráfico pedestre y lo enviaban más lejos carretera abajo, con cada nuevo punto de peligro felizmente detrás de él. De cualquier modo, llegó a su apartamento de Manhattan mientras era todavía de día, saliendo del ascensor de impulsión continua con algo de satisfacción. Pero en sus ojos había cierto descontento.

El apartamento, por supuesto, estaba exactamente como lo había dejado dos hectoños atrás. Los semirobots lo habían mantenido sellado y germicida hasta la llegada de su aviso de regreso de ayer.

Podía imaginar la actividad que había seguido, pues los libros y las cintas registradoras de música estaban sacadas de sus casillas inundadas de helio, los tapetes y los accesorios estaban despojados de su funda, aireados y colocados en su lugar. De alguna parte habían llegado nuevos equipos y colocados en los viejos receptáculos, y reciente licor puesto en el compartimiento. Habría vituallas en la cocina, ropa en los armarios —vestidos de la última moda, por supuesto, comprados con créditos contra el abandonado ropaje de dos hectoños antes— y había las mismas, viejas y